

La aventura lacaniana

ADOLFO BERENSTEIN

Trama y Fondo

The Lacanian adventure

Abstract

The text recovers the historical coordinates that would allow the emergence of the Lacanian discourse in the psychoanalytical scene. The change in Freudian theoretical principles caused by Ego Psychology favoured a return to Freud. This is the transitory Freudian phase of Lacan. Later, when Lacan becomes Lacanian, his discourse darkens and becomes erratic.

Key words: Lacanian Discourse. Unconscious. Freudian Scene. Ego Psychology..

Resumen

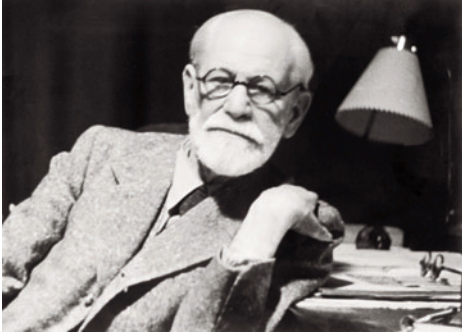
El texto recupera las coordenadas históricas que permitirán la aparición del discurso de Lacan en el escenario psicoanalítico. La torsión de los principios teóricos freudianos provocados por la Ego Psychology propicia el retorno a Freud. Es la transitoria etapa freudiana de Lacan. Luego, cuando Lacan se hace lacaniano, su discurso se oscurece y es errático.

Palabras clave: Discurso de Lacan. Inconsciente. Escena freudiana. Ego Psychology .

ISSN. 1137-4802. pp.33-47

Cuando fui invitado a participar en este coloquio sobre la ideología lacaniana en *Trama y Fondo*, tuve una primera y fugaz impresión, confirmada luego con el paso de las horas, de las dificultades que debía sortear si omitía toda referencia al contexto histórico en donde se inscribía la letra de Lacan. Y al hablar de contexto histórico señalé con ello el entorno textual que predomina durante ese período en el campo psicoanalítico, y a los modos de funcionamiento de la institución analítica, que abonaron el terreno propicio para el desarrollo de las elaboraciones teóricas de Lacan.

Para ubicarnos en ese tiempo histórico debemos retroceder por un instante a los orígenes del psicoanálisis y considerar brevemente el conjunto de la obra freudiana y sus efectos sobre la comunidad analítica.



Sigmund Freud

Es impensable la existencia del psicoanálisis si desconocemos la construcción de un campo que le debe todo a su creador, del mismo modo que resulta insólito que hoy se reduzca en algunos cenáculos la presencia y continuidad del psicoanálisis al estudio exclusivo de la obra de un solo autor. Todos reconocemos en la producción teórica de Freud, desarrollada durante casi medio siglo, a veces con paso firme y en otras ocasiones de modo titubeante, la colonización de un vasto territorio de la cultura. Los textos de Freud llevan en su interior las torsiones subjetivas y las marcas de dolor que acompañan al conjunto de su producción; allí están, por cierto, sus sueños, olvidos y traspies clínicos, testimonios inequívocos de una marcha entorpecida por continuos obstáculos.

El espacio psicoanalítico se separó del campo de la medicina, y en particular de la psiquiatría, fundadora de una anatomía de la vida psíquica, para adquirir su propio derecho a una existencia independiente con las observaciones clínicas y las construcciones teóricas apoyadas en el relato del deseo histérico. Freud supo abrir la escucha a los envites del deseo, seguir su rastro en el discurso de los pacientes con las dificultades propias de un principiante inquieto y sorprendido por sus hallazgos. Así comenzó a levantarse el andamiaje del complejo aparato psíquico, como solía designarlo su propio creador, en torno a un núcleo central que sostenía el peso de los pilares fundamentales de su teoría.

Nadie ignora que ese nódulo teórico sin el cual el psicoanálisis perdería todas sus insignias, toda su razón de ser, es el descubrimiento de lo inconsciente. Un inconsciente que en sus inicios se identifica con lo reprimido, con lo que está *unterdrückt*, es decir, llevado hacia abajo por la acción de una fuerza que le impide a las representaciones intolerables emerger a la superficie. La cura era entendida entonces como una disolución de esa barrera que imposibilitaba la recuperación para la consciencia de aquellos contenidos excluidos a todo comercio asociativo. Era un inconsciente dinámico, de allí la expresión presente en su obra de que todo lo inconsciente podía hacerse consciente.

Esta primera aproximación de Freud, a medida que avanzan sus investigaciones sobre los mecanismos de la vida psíquica será reformulada, hasta el extremo de considerar que no todo lo inconsciente puede ser reabsorbido por la consciencia; una parte de él quedará irreductible. Un

inconsciente inasimilable a cualquier elaboración y que Freud denominará con diversos nombres: el ombligo del sueño, el nódulo traumático o la roca de la castración en el análisis interminable.

Será en ese espacio topológico del aparato psíquico donde Freud dará cuenta en el estudio sobre los sueños de los procesos primarios –la condensación y el desplazamiento–, en su íntima articulación con el lenguaje. A partir de entonces jamás se perderá en la teoría freudiana este enlace primordial, punto de partida de sus estudios sobre la vida cotidiana, y el chiste en su relación con el inconsciente.

Freud nos enseñó a reconocer en los lapsus, en los olvidos, en los sueños, en los actos fallidos, en los chistes o los síntomas de cualquier tipo, las marcas del inconsciente en el discurso.

Este pilar que enlaza la vida inconsciente con el lenguaje se enriqueció con otro soporte esencial en la composición musical de la teoría psicoanalítica: me refiero ahora a la sexualidad. Sus ensayos sobre la vida sexual asientan las bases de una sólida construcción sobre tres principios esenciales.

En primer lugar, extiende el campo de la sexualidad a la vida infantil y le otorga al complejo de Edipo y a la castración, un valor estructurante en el destino sexual de los sujetos y en la construcción de las diferencias sexuales. En segundo término, desanuda la sexualidad de la genitalidad y fragmenta el cuerpo erótico en zonas erógenas cuya excitación, dominada por las pulsiones parciales, sólo buscan alcanzar su plena satisfacción. De este modo podrá separar, finalmente, la satisfacción o goce sexual de la función reproductora, considerada hasta entonces como el único fin de la vida sexual.

En síntesis, la sexualidad deja de ser una propiedad de la vida adulta, no se reduce al funcionamiento de los órganos genitales, y su fin no se limita a la sola reproducción de la especie.

Estos anclajes de la vida inconsciente, se articularán con la dinámica y función del deseo. Un deseo que se desliza, de modo casi imperceptible, como si fuera una delicada corriente de agua sobre el lecho de las palabras. Siempre tratando de emerger allí donde no se lo espera, a veces para sorprender al mismo sujeto parlante, otras veces, al acecho, esperan-



Freud, Jung, Ferenczi, Hail y Brill en el Congreso de Psicoanálisis de EEUU (1909)

do insistentemente ser reconocido. Porque la función última del psicoanalista, debemos decirlo con toda la letra, es reconocer el deseo que palpita en la trama del relato. Lenguaje, sexualidad y deseo forman así un anudamiento que no puede deshacerse sin que se derrumbe gran parte del edificio freudiano.

Debemos agregar ahora dos nuevos elementos de alto voltaje teórico en la fisiología del aparato psíquico.

Por una parte, la presencia de un Yo entre las instancias de la vida anímica. Un Yo adherido al campo de los efectos ilusorios de las idealizaciones y, al mismo tiempo, amarrado al desconocimiento. Él nada sabe de los procesos psíquicos, pero dice o cree conducirlos. Vive atrapado en la ignorancia y sometido a los espejismos de sus relaciones de objeto. Su cubierta de libido exalta los fenómenos del narcisismo y las pequeñas diferencias.

Finalmente, el otro elemento puesto en juego en la teoría freudiana, no siempre fue bien comprendido por la comunidad psicoanalítica de la época. Estoy hablando de la pulsión de muerte y el automatismo de repetición. Una tendencia de retorno al caos que se impone en la vida anímica como una fuerza indomesticable de efectos devastadores. La lucha por la vida no se reduce ahora sólo a conservarla, sino también, a sostenerla frente a las potencias interiores que procuran su aniquilación. Y esto no sólo acontece con la vida de cada sujeto particular, sino también con la vida del conjunto de la civilización.

Sobre estas bases teóricas Freud fue creando, de forma simultánea, el dispositivo analítico a medida que construía el aparato psíquico. Un dispositivo sostenido por la palabra, entre uno que habla, el analizante, y otro que escucha, y ocasionalmente habla, el analista.

El deseo y la sexualidad se anudan de esta manera a la palabra de un escribiente que despliega en el escenario analítico una historia individual, siempre singular, siempre distinta. Es ese discurso el que pone en juego el latido de la función inconsciente, con su sístole y su diástole, con su cierre y apertura, en la transferencia. Transferencia siempre impregnada de obstáculos que Freud aprenderá a reconocer a través de los errores cometidos en la conducción de la cura. Una conducción, por otra parte, que encuentra su herramienta más valiosa en la interpretación del discurso del analizante, con la condición de mantener una actitud prudente frente a un

texto que debe ser considerado siempre como un texto sagrado, al que no se debe ni alterar, ni violentar, respetando su propio modo de decir.

A medida que se ensamblan los conceptos psicoanalíticos y adquiere solidez su teoría, comienza un proceso de expansión de las ideas; primero, un pequeño grupo de discípulos del entorno más íntimo se reúne los miércoles a la noche en la casa de Freud; luego, la constitución de la Asociación Psicoanalítica de Viena; finalmente, los Congresos Internacionales de Psicoanálisis.

Nace así la Internacional Psicoanalítica que tendrá a su cargo dos tareas fundamentales: por un lado, la formación de nuevos analistas apoyada en un trípede constituido por el análisis individual, la educación teórica y la confrontación de la experiencia clínica; y por el otro, la difusión de las ideas psicoanalíticas, con el propósito de extender su influencia a otros territorios de la cultura a través de publicaciones, encuentros y congresos.

El trabajo hasta ahora solitario de los primeros psicoanalistas se transforma en una comunidad de miembros organizados bajo los efectos provocados por las transferencias de sus propios análisis. El psicoanalista sale de este modo de su recinto natural, el dispositivo analítico, y entra en un nuevo territorio donde imperan, más de lo esperado, los fenómenos de masa, inherentes a toda institución. Las idealizaciones, los discursos hipnóticos, las transferencias de amores y odios, convierten a estos lugares institucionales, llamados a preservar la teoría y práctica del psicoanálisis, en sitios donde domina muchas veces la confrontación política. Bajo sus efectos se desencadenan las primeras diferencias y divergencias, a veces de gran calado en la construcción de una teoría naciente, pero otras, simples expresiones de una lucha por el poder y por el prestigio narcisista. La transmisión se enturbia y la formación del analista se resquebraja. Con el fin de evitar estos trastornos que podían amenazar la cohesión institucional se comenzó un proceso de regulación con el dictado de normas administrativas cada vez más rígidas.



Se reglamentó la formación de los psicoanalistas, se dictaron los principios y los textos que debían regir sus estudios y las condiciones que

debían cumplir sus análisis para lograr la titulación, y así ser reconocidos por los estamentos psicoanalíticos. Se creó una estratificación de los analistas con grados diferenciados en el ejercicio del poder al mismo tiempo que se instituían mecanismos de traslación y ascenso. La estructura piramidal reproducía la organización política de la sociedad.

Se confeccionaron programas únicos y cerrados de enseñanza, y se instituyó la supervisión clínica a cargo de analistas de grado superior designados por la propia institución. Se trataba así de controlar y uniformar a las nuevas generaciones, no sólo de vestir a los futuros psicoanalistas con el mismo ropaje, sino también, de fabricarlos en serie.



Anna Freud

La llegada del nazismo dispersa a los pioneros del psicoanálisis y traslada el centro de influencia de Viena a Londres. El psicoanálisis ya no hablará exclusivamente en alemán, la lengua inglesa será a partir de ahora el idioma oficial dominante. Freud se refugia en Londres donde morirá a los 83 años en 1939, mientras la horda primitiva quema sus libros en las hogueras de la pulsión de muerte y se enciende la llama de la guerra.

Anna Freud ocupaba desde hacía tiempo un lugar privilegiado en la institución analítica. Educadora, y analizada por el propio Freud, su presencia en la Asociación Británica de Psicoanálisis no pasaba, como pueden suponer, desapercibida. Las posiciones de Anna Freud se acercaban de un modo peligroso a un revisionismo teórico al acentuar en sus elaboraciones el rol del Yo y sus mecanismos de defensa en la construcción de los síntomas. Esta postura le llevó a un fuerte enfrentamiento con la compleja obra de Melanie Klein; litigio, por otra parte, que condujo a la sociedad británica al borde mismo de la ruptura. No deseo entrar en los detalles de esta polémica, sólo decir que Lacan siempre mantuvo con las ideas de Melanie Klein una actitud de crítica respetuosa, cosa que nunca ocurrió con Anna Freud, a la que nombró de un modo despectivo en sus escritos con un término que hacía referencia a su declarada soltería. La actitud de Lacan era la lógica consecuencia de su propia posición teórica distante de una Anna Freud que desplazaba el centro de gravedad del inconsciente al Yo, y cercana a la teoría kleiniana cuyo corpus de ideas articulaban un texto coherente, al que uno podía adherir o no, pero nunca negarle su valor y eficacia simbólica en su permanente diálogo con la obra freudiana. Será Donald Winnicott, psicoanalista que tenemos la obligación de recuperar en nuestras lecturas, el que salvará a la Sociedad Británica de Psicoanálisis de la probable escisión.

Como pueden observar las luchas que a veces enfrentan a los psicoanalistas por la legitimidad de la herencia freudiana, que dicen representar, viene desde muy lejos. Estos ecos también se renovarán con la muerte de Lacan entre sus discípulos y familiares por la fiel continuidad de su obra.

Pero veamos por un momento cómo la lengua inglesa prepara el advenimiento del psicoanálisis lacaniano.

Más allá de las diferencias entre el grupo de Anna Freud y el de Melanie Klein –cuya solidez teórica se ve reforzada por la presencia de un número de reconocidas analistas mujeres como Susan Isaacs, Joan Rivière y Paula Heimann, todas ellas frecuentemente citadas por Lacan–, se va consolidando entre los psicoanalistas un modo de pensar y practicar el arte de la cura cuyas consecuencias se pueden interpretar como una verdadera torsión de las concepciones freudianas.

Lentamente va tomando cuerpo una idea que ocupa el centro de la escena en la teoría psicoanalítica. Ya no son ni el inconsciente, ni la pulsión de muerte, ni la sexualidad o el mismo deseo, las categorías fundamentales que articulan el tejido teórico, sino esa instancia que vive en el engaño de los efectos ilusorios y que se arroga el derecho de representar al sujeto cuando nuestros enunciados comienzan con la partícula “Yo”.



Melanie Klein

“Esta convicción desborda la ingenuidad individual del sujeto que cree en sí, que cree que él es él, locura harto común y que no es una locura completa porque forma parte del orden de las creencias. Es evidente que todos tendemos a creer que nosotros somos nosotros. Pero observen con atención y verán que no estamos tan seguros como parece. En muchas circunstancias, muy precisas, dudamos, y sin sufrir por ello ninguna despersonalización”.

Estas palabras que no son mías pertenecen al propio Lacan, y son vertidas durante el desarrollo de su *Seminario* dedicado al Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica de los años 1954-1955. (Páginas 23-24 de la traducción española).

Se puede decir entonces, que este Yo, esta instancia que nos hace creer en nuestra existencia eterna, que pretende poseer la fuerza suficiente para domesticar a la pulsión de muerte, es la misma que nos atrapa en las redes de su pasión por la ignorancia. Y es justamente él con todo su poder imaginario el que se alza como centro del corpus teórico y de la cura analítica.

Anna Freud, preparó su llegada con su trabajo *El Yo y los mecanismos de defensa*; la escuela inglesa contribuyó, por su parte, dejando de lado valiosas excepciones, en la coronación del nuevo monarca de la vida psíquica, con el juego de espejismos en ese constante ir y venir entre el mundo interno y el mundo externo, entre la proyección y la introyección de un Yo atrapado en el circuito imaginario con el semejante. Las sesiones analíticas se convirtieron en el escenario adecuado para la puesta en acto de los reflejos especulares propicios para las identificaciones imaginarias.



Heinz Hartmann

Serán Heinz Hartmann y Rudolf Lowenstein los propulsores de esta nueva corriente de la *Ego Psychology*. Hartmann, nieto del famoso ginecólogo Rudolf Chrobak –que le dio a conocer a Freud el valor de la sexualidad en las neurosis–, fue analizado por el propio Freud; Lowenstein, fundador en 1926, de la Sociedad Psicoanalítica de París, fue, por su parte, analista de Lacan.

Hasta aquí el tejido de transferencias, pero acerquémonos un poco ahora a los fundamentos de la teoría del “Yo autónomo”, y al modo de concebir su práctica, porque en ellos se encuentran las principales razones que conducen a Lacan a pronunciarse con una firme y contundente respuesta. Los primeros y valiosos trabajos de Lacan no son más que la reflexión teórica en un movimiento *après coup* de su propia experiencia analítica con Lowenstein, una especie de “pase” que pondrá él mismo en práctica años más tarde en su propia escuela de París.

Las concepciones de la Ego Psychology borran de un plumazo conceptos fundamentales de la teoría psicoanalítica al otorgarle al Yo autónomo el privilegio de la memoria y el lenguaje.

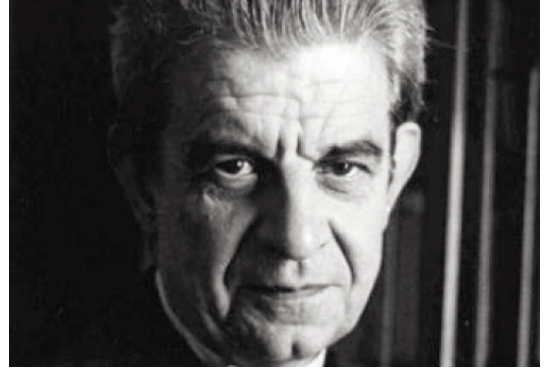


Rudolph Lowenstein

Desde los prólogos mismos del psicoanálisis a través de su *Proyecto de una psicología para neurólogos*, Freud sostuvo una indisoluble articulación entre la memoria y el inconsciente, hasta el extremo de afirmar que toda memoria es inconsciente o que toda memoria está construida con la textura propia de los olvidos, dando cuenta así del lazo que hay entre lo reprimido y lo inconsciente. A partir de ese nudo primordial se tejen en la organización psíquica las diferencias entre percepción y memoria, entre consciencia e inconsciente. Al ir ocupando el Yo autónomo un sitio primordial en el psiquismo, se va diluyendo el lugar de ese gran articulador que para Freud era constitutivo de todos los procesos anímicos, y con ello no sólo se desplaza al inconsciente a una mera función auxiliar con

respecto al Yo, sino que también se borran las diferencias existentes entre memoria y síntoma, o dicho de otro modo, entre memoria y recuerdo encubridor.

Más grave es aún ubicar la residencia del lenguaje en el Yo, hipótesis que anula ese lugar Otro, la otra escena freudiana, el inconsciente, desde donde hablan los sueños, o desde donde trastabilla la lengua en los lapsus o los actos sintomáticos. Yo no hablo –será una consigna que se repetirá hasta el hartazgo entre los psicoanalistas que rechazan el dominio de ese Yo que todo lo cree decir y saber–, sino que soy hablado más allá de mí, y de mi consciencia.



Jacques Lacan

El nuevo análisis de la Ego Psychology debía liberar al Yo de las ataduras y compromisos forjadas antaño por la libido y la pulsión para permitir su adecuada adaptación a la realidad, o si prefieren a la *American way of life*. El análisis ya no se ocupa en reconocer en el sujeto los deseos reprimidos, de lo que se trata ahora, en cambio, es de llevar a cabo una tarea más banal, reconducir al Yo hacia un funcionamiento armónico con la realidad externa impuesta por las exigencias de la vida social. Era el psicoanálisis del aquí-ahora, surcado por las continuas líneas imaginarias, entre un Yo fuerte e idealizado, el del analista, y un Yo débil y enfermo, el del analizante.

A partir de este denso tejido de ideas, expuestas de una manera fragmentaria y breve, surge ahora ante nosotros la figura de Jacques Lacan, y su propuesta teórica de reconducir el extravío del psicoanálisis y devolverlo a su senda freudiana.

Un atolladero imaginario detuvo su marcha natural, y sólo un retorno a los principios, puede sacar al psicoanálisis del estancamiento. El psicoanálisis retoma así el camino en una nueva lengua: el francés. Una lengua que había mostrado hasta entonces una gran resistencia a las ideas freudianas, hasta el extremo de que las obras completas de Freud tardaron mucho tiempo en ser traducidas a este idioma.

El *Discurso de Roma* de 1953, pronunciado por Lacan, es el acta de fundación de ese retorno del psicoanálisis a los fundamentos freudianos: el inconsciente, el lenguaje, el deseo y la sexualidad, la pulsión de muerte y la repetición.



Henri Wallon,
F. de Saussure,
C. Lévi-Strauss



Veamos brevemente algunos antecedentes que preparan el terreno de ese retorno a Freud. Doctor en medicina, Lacan redacta su tesis *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*, el conocido caso Aimée. Entre 1928 y 1932, mantiene un vínculo muy cercano con Henri Wallon. Su influencia se nota en el papel del Otro en la constitución subjetiva, y en ciertas huellas de lo simbólico y lo imaginario que podemos rastrear en el libro de Wallon *Los orígenes del carácter del niño*, publicado en 1934. En el transcurso de los años 1933-1936, Lacan asiste a los seminarios de Alexandre Kojève sobre *La fenomenología del espíritu*

de Hegel; sigue con escucha atenta las lecciones impartidas, sobre todo, los excelentes comentarios sobre la lucha del amo y el esclavo, y esa metáfora del Yo que será para Lacan el alma bella. Lévi-Strauss, publica en 1947, las *Estructuras elementales de parentesco*; y en 1949, *La eficacia simbólica*. Lee a Ferdinand de Saussure en su *Curso de lingüística general*, y también a los lingüistas de la Escuela de Praga. El pensamiento estructuralista dominante en la cultura francesa, aunque Lacan no lo confiese o lo niegue, baña sus ideas.

Lacan reconduce el psicoanálisis, en esta primera etapa de sus enseñanzas, hacia los fundamentos que dieron origen a la teoría, enriqueciéndolo con las ideas de la antropología, la lingüística y la filosofía. Lleva a cabo un trabajo artesanal para colocar cada pieza teórica del puzzle en el lugar adecuado. Su enseñanza es freudiana, y él mismo se dice freudiano, al ubicarse en un lugar excéntrico con respecto al saber de Freud. Lo recuerda a menudo: “el que sabe es Freud”.

Reordena de este modo en tres tiempos el Complejo de Edipo freudiano, y articula con claridad el deseo de la madre con el deseo del niño, y la función paterna. Deslinda la función simbólica de la castración, del daño imaginario de la frustración, y de la privación real. Comienza a tejer los hilos de los tres registros: Real, Simbólico e Imaginario. Recolocaba al Yo en el campo imaginario del que nunca debió salir; separa el carácter imaginario del Yo ideal, del lugar simbólico del Ideal del yo. Restituye la función del sujeto en su relación con el lenguaje y recupera del lingüista Roman Jakobson el lugar de los shifters, partículas en el discurso que

podemos traducir como marcas en donde se muestran los puntos de encabalgamiento: el decir de la palabra enunciada viene al sujeto de un lugar Otro, el sujeto es hablado por el Otro, el lugar de la enunciación. De este modo, articula, otra vez, el lugar de la palabra con el inconsciente, pilar fundamental de la teoría freudiana.

Devuelve al inconsciente su valor estructurante en las formaciones sintomáticas. Estudia el chiste, los sueños y el olvido analizando con nuevos instrumentos la letra freudiana. El signo de Saussure es descompuesto y le da primacía al significante sobre el significado; recurre a la retórica y rebautiza a la condensación como metáfora, y al desplazamiento como metonimia; subraya así el compromiso del lenguaje en los procesos primarios del inconsciente. Vuelve su inteligente mirada a los clásicos casos clínicos de Freud, y sus comentarios descifran, iluminan y descubren nuevas aristas en los textos. Recupera los ejes fundamentales del dispositivo clínico freudiano, se extiende en el estudio de la transferencia y su puesta en acto, tema al que dedica todo un seminario, trabaja sobre el lugar y el deseo del analista, y teoriza sobre el fin del análisis. Distingue el *acting out* del pasaje al acto. Abre surcos en un tratamiento posible de la psicosis, utiliza nuevamente el instrumento de los tres registros para el análisis de la alucinación psicótica y presta su atención a los neologismos y al automatismo mental de Clèrambault en la paranoia. Habla de la necesidad, de la demanda y del deseo, en su relación con los tres registros. Privilegia el lugar del deseo y separa el objeto causa del deseo, "objeto a" (única invención que se atribuye Lacan), del objeto de deseo en la relación de objeto.



Clèrambault

El discurso de Lacan en su período freudiano lo consagra como un gran lector que no pierde el rumbo propuesto en sus enseñanzas. El retorno a Freud es fructífero a pesar de que su prosa resulta algunas veces recargada y barroca; su estilo no oscurece el valor de los comentarios. Las sombras proyectadas por la Ego Psychology se disipan. Se vive, gracias a la obra emprendida por Lacan, un reflorcer del psicoanálisis y un entusiasmo por su estudio.

Al ser excomulgado de la Asociación Internacional de Psicoanálisis por sus enseñanzas, Lacan funda la Escuela de París, y concentra sus esfuerzos en la formación teórica a través de sus seminarios abiertos. Se rodea de un grupo fuerte de discípulos que lo acompañan en la aventura, algunos de estos psicoanalistas de la primera hora lo abandonarán tiem-

po más tarde por desavenencias. Recupera, como ya se ha dicho, el armazón y el funcionamiento del dispositivo freudiano que había quedado bastante dañado después de la experiencia del Yo autónomo; rompe con los moldes rígidos en los que había quedado encapsulada la práctica y la formación del analista. No presta una atención obsesiva a la duración de las sesiones y la libera de la atadura temporal predeterminada. Sigue el discurso del analizante a la letra y cierra los encuentros analíticos cuando se pueden alcanzar ciertos puntos de alta significación. Los tiempos lógicos parecen conducir su práctica.

Es una época de enorme riqueza productiva marcada por las ideas que reconducen la dirección del psicoanálisis hacia las fuentes freudianas. Se multiplican los escritos y las ponencias; el auditorio no sólo se extiende en número entre los estudiantes y practicantes del análisis, crece también la presencia de pensadores de otras disciplinas atraídos por el discurso de Lacan. El psicoanálisis recupera su fuerza teórica y extiende su influencia sobre territorios que le son próximos en la cultura.

En este devenir histórico marcado profundamente por el discurso de Lacan se producen cambios de grandes proporciones que afectan al conjunto del campo psicoanalítico. La palabra de Lacan tiene efectos contundentes sobre sus discípulos.

Bajo este clima de declarada euforia, y a consecuencia de él, las consultas de los psicoanalíticos lacanianos reciben un número cada vez mayor de pacientes. La sesión liberada de su corsé, atrapada hasta ahora en un tiempo cronológico de cincuenta minutos reglamentado por la IPA, adquiere con Lacan una nueva temporalidad más acorde con los principios freudianos siempre respetuosos del tiempo lógico del inconsciente; sin embargo, se produce un particular efecto por el empuje de una mayor demanda de análisis, las sesiones cortas respecto al tiempo habitual son cada vez más breves, tan cortas en ocasiones, que casi no hay tiempo para desplegar el discurso ante un analista que adopta por principio, en todas las circunstancias, obviando las particularidades de cada caso, esa mudez propia del lugar del muerto. Se concluye muchas veces sin comprender. Se abandona ese tiempo de la palabra que cada sujeto tiene en particular, con sus rodeos, con sus obstáculos, con sus parlamentos elípticos, o con sus silencios.

También las intervenciones del analista se desnaturalizan y adquieren formas, si me permiten decirlo, grotescas. Como no tenemos muchos

datos reales proporcionados por el propio Lacan que nos den una aproximación clara sobre su manera de conducir la práctica psicoanalítica tomo aquí algunos fragmentos del relato de un analizante suyo publicado en la *Revista del Col·legi Oficial Psicòlegs de Catalunya*, número 232, de octubre/novembre 2011, con motivo del homenaje al 30 aniversario de la muerte del psicoanalista francés. Prestemos atención al texto sin hacer comentario alguno sobre el testimonio.

“Me encontré con Lacan tres años más tarde de mi llegada a París. Por todas partes me decían que no me recibiría. Pero él me dio cita.

Yo estaba tan impresionado que le dije torpemente que venía a pedirle el nombre de un analista. “Ah, bueno, me dice él, ¿y por qué? El “¿por qué?” era equívoco...

Al final de esta primera sesión, me pide una importante suma de dinero. Abro mi cartera y le pago. Entonces se acerca y señalando un billete con su dedo índice, agrega “Quiero ese de ahí”. Eso me puso furioso. Pero su cara, su dulzura, me tranquilizaron. Estaba enganchado.

Aún tenía algunas resistencias: “He venido, le decía, para que me de el nombre de un analista. “Ah, bueno. “¿No hay uno aquí?”

Hasta aquí el relato. No lo tomemos como una *boutade*.

Mientras tanto el discurso de Lacan se transforma. Su estilo barroco se hace cada vez más impenetrable a medida que lo Real inconsciente se resiste a ser domesticado por su palabra. Las oscuridades se hacen más ostensibles, y no porque dominen las referencias topológicas, los temas de la sexualidad, los cuatro discursos o el nudo Borromeo, sino, sencillamente, porque las tinieblas que comienzan a envolver el registro de su palabra son claras señales de su marcha errática. Es un discurso que se desarraiga en muchas ocasiones del camino simbólico, va a la deriva, se extravía en el caos de lo Real. Se ahoga en un Real donde las marcas de los trazos simbólicos dejan de guiarlo. Quiere atrapar lo irreductible en un intento supremo de dominio intelectual. A lo barroco y oscuro se le añaden formulaciones, en apariencia enigmáticas, cuya presencia no sólo contradicen la letra freudiana, sino que desatan los nudos fundamentales, los puntos amarres, del tejido freudiano. Son sentencias transmitidas como axiomas que los aprendices lacanianos tratan de descifrar y repetir hasta el hartazgo.

Los seminarios dictados por Lacan se convierten paulatinamente en actos litúrgicos. Ceremonias de consagración a la

Nudo Borromeo



palabra del líder, único y verdadero continuador de la obra de Freud. Se escucha su mensaje con la misma fe y fervor que se le presta a un predicador que dice siempre revelar “la verdad de lo Real”, en un más allá de lo Simbólico y de lo Imaginario.

Sigamos, por un instante, las palabras escritas por François Roustang en *La ilusión lacaniana*:

“Más allá del efecto que provocaba su personalidad poco común...o su inmensa cultura...sus oyentes quedaban presos al escuchar su discurso totalizador, mezcla original de filosofía, matemáticas, lingüística, etnología, teología, etc...”

En realidad más que un discurso totalizador, era un discurso absorbente...La estrategia de Lacan...no consistía en mostrar explícitamente los lazos existentes entre las distintas disciplinas...con la finalidad de construir una totalidad...sino de hacer creer que él poseía la clave de esta síntesis y de suscitar en su auditorio el deseo de trabajar a tiempo completo para descubrir esa clave”.

El psicoanálisis freudiano parece pertenecer a un pasado superado, y lo que es peor, las obras de Freud ya no se leen a la letra, su discurso está casi siempre mediatizado por los comentarios de Lacan. Se lee a Freud desde Lacan, pero casi nunca se lee a Lacan desde Freud.

Mientras tanto Lacan ha dejado de ser freudiano, ahora es lacaniano. Con el paso del tiempo leer psicoanálisis se reduce a la sola lectura de Lacan, que sin duda debe hacerse y con profundidad, pero el psicoanálisis es más que su exclusiva lectura. Estudiar la obra de Lacan es una parte imprescindible de la formación, pero no toda la formación. Para los discípulos de la segunda y tercera generación se impone la misión de difundir su obra sin traicionarla. Comienza la batalla por la lealtad. La guerra por las pequeñas diferencias en una multiplicación de escuelas, asociaciones y grupos.

La Escuela ha dejado de ser parisina, ya no es francesa, es mundial, con filiales y fieles en todos los continentes. Los discípulos se ponen al servicio de la evangelización, derramando en todos los rincones “la verdad lacaniana”.

En raras ocasiones se estudian los textos de Lacan a la letra como el propio Lacan hizo con los textos de Freud; con libertad intelectual, sin adoraciones imaginarias, en un ejercicio de permanente interpretación. Ahora, por desgracia, muchos lo reproducen con el continuo estribillo “como dice Lacan”, sin entenderse muchas veces lo que pretenden decir. La palabra de Lacan se recita, se reza, o se transforma en un discurso imi-

tativo con una retórica sobrecargada y de difícil comprensión, lo que la hace supuestamente más atractiva para el auditorio. Se ha adquirido con el paso del tiempo un cierto amor por lo confuso. Está de moda.

Y lo que resulta más grave aún, es el mérito de grado superior que adquiere un psicoanalista por el simple hecho de ser un lacaniano auténtico y confeso, portador de un discurso fiel, en el buen sentido de la palabra; y este buen sentido religioso de la palabra no tiene ninguna cara oculta, es la simple representación ante el auditorio de la verdadera lengua oficial de la Iglesia.

Los análisis conducidos por los analistas que dirigen la institución pueden convertirse en ocasiones, si las circunstancias lo requieren, en un lugar de adoctrinamiento político e ideológico de los candidatos. Un territorio de confidencias y secretos, un dispositivo de poder en el gobierno del movimiento. Allí se habla y se acuerda muchas veces bajo los efectos de la transferencia el juego de alianzas, los pasos tácticos a seguir, y la promoción y designación de nuevos miembros en los organismos de la Escuela. Es un espacio donde se espía y vigila. La transferencia se pone así al servicio de los intereses políticos de la institución y no de la escucha, y mucho menos, de la cura. El dispositivo analítico es subvertido, hasta el extremo de poner en peligro su valor ético en la transformación subjetiva.

Pero esta no es la única cara de la historia vigente hoy en el campo del psicoanálisis. Dentro y fuera del movimiento lacaniano existen cada vez más analistas, grupos o pequeñas instituciones, comprometidos todos ellos en revertir esta marcha. En recuperar no sólo la libertad intelectual en el estudio de los textos, fundamental en nuestra hora, sino en devolverle a nuestra práctica el valor ético de su ejercicio. No basta ya con la lectura crítica de los autores clásicos del psicoanálisis, si no se retorna a una práctica cuyo eje debe girar en torno al reconocimiento del deseo inconsciente en el tratamiento del dolor psíquico.

En el relato de esta breve historia encontrarán defectos propios de toda síntesis, pero en su desarrollo late un ideario común a muchos analistas: recuperar el valor creativo y ético de la experiencia sin ataduras a ningún discurso único.